

Ante el Congreso Catequístico Nacional

Evolución y Progreso de la Pedagogía Catequística

IV. — Los grandes catequistas del siglo XVI

EL SIGLO XVI goza de fama y ha llevado el nombre de edad de oro de la catequesis. Lo es en algún sentido, sobre todo si se atiende a la literatura de textos de la Doctrina Cristiana, pues de los popularísimos **catecismos** y **cartillas** del siglo XVI — Pío V, Canisio, Belarmino, Auger, Astete y Ripalda — hemos vivido hasta nuestros mismos días; lo es también por la brillante galería de excepcionales catequistas, entre los que se cuentan fundadores de Ordenes religiosas, santos Doctores de la Iglesia, y geniales teólogos; lo es, finalmente, porque en él nace a una vida de fecunda actividad la **Cofradía de la Doctrina Cristiana**, y se incorpora a los cánones de la Iglesia universal la legislación sobre la enseñanza del catecismo a los niños e ignorantes.

Bajo otro aspecto, que nos interesa particularmente en la síntesis histórica, que estamos redactando, el siglo XVI no señala una cumbre de perfección: nos referimos a la pedagogía catequística, en la que durante los cuatro primeros decenios del siglo XX se ha avanzado más que en las cuatro centurias que le han precedido.

Los catecismos de Lutero.

En nuestro artículo sobre los catecismos de la Edad Media hemos anticipado ya que Lutero no es el creador de los modernos ca-

tecismos populares; ni del nombre **catecismo**, pues lo emplea en YORK el año de 1357 el Cardenal Thovesby en su **Lay Folks Catechism**; ni del método de preguntas y respuestas, utilizado, en el siglo IX por el autor de la **Disputatio Puerorum** (¿Alcuino?), por **Hugo de San Víctor** en su **Elucidarium** (siglo XII, y, después de él, por numerosos autores, entre los que hemos citado ya a Arnaldo de Villanova (1296); ni siquiera del memorismo en la didáctica catequística, que era tradicional y particularmente necesaria antes de la invención de la imprenta en el siglo XV.

Sin embargo, con justicia se tacharía de insinceridad histórica a quien silenciara el nombre Lutero en la historia de la pedagogía catequística.

Lutero, padre de la **revolución protestante** fué una personalidad poderosa y exuberante, desbordada y violenta. Resultó un genial propagandista y supo utilizar con asombrosa eficacia el gráfico, el canto, la poesía, la caricatura. Sería ingenuidad negarle este talento, en que estriba también su valor de pedagogo catequista.

Se le acusa de haber predicado y fomentado el memorismo. En ello no hacía sino conformarse a una teoría generalmente aceptada en su época; contra la que se ha escrito a veces la pasión y exageración de las reacciones, siempre extre-

mosas. Hay que advertir que hoy vivimos nuevamente una época de revalorización de la memoria, bajo el principio de que si la sola memoria no prueba inteligencia, entre dos hombres de igual talento alcanza notable ventaja en que cultiva cuidadosamente su memoria.

Lutero insistió en que su catecismo se aprendiera de memoria; y no erraba en ello su intuición de propagandista; quiso y logró esculpir a buril en el alma del pueblo alemán las fórmulas de su error y el espíritu de su rebeldía.

En 1528 publica en lengua vulgar unos cuadros sobre los diez mandamientos: **Kurze Auslegung der zehn Gebote**. Pronto aparece una segunda serie sobre la confesión y los sacramentos de la confirmación y la eucaristía. Estos cuadros fueron la primera edición del **Pequeño catecismo**. En el mes de Enero de 1529 compone su **Grande Catecismo**, dedicado a los predicadores. El 13 de junio del mismo año 1529 aparece la tercera edición del **Pequeño Catecismo** para la instrucción de la juventud, con el título **Enchiridion**. En vida del herejarca alcanzó nueve ediciones.

Que el método de preguntas y respuestas, y las exhortaciones a enseñarlo de memoria a los niños y gentes rudas fueron eficaces, lo vino a comprobar muy pronto el éxito del librito. Lutero tomaba de autores católicos, anteriores a él, el método y orientación de su catecismo; plagiaba tranquilamente a Otrido, discípulo de Raban Mauro, y a Kero, monge benedictino de San Gal, parte de la explicación del Padre Nuestro; y aun transcribía en varios pasajes el conocidísimo Sacramentario de Gelasio. Pero imprimía a su libro algo de su dinamismo arrollador, de su espíritu revolucionario y de su inquietud proselitista. La aparición del catecismo de Lutero señala, sin duda, una fecha interesante en la historia de la catequesis.

Reacción católica.

No admitimos en historia la paradójica nomenclatura que la historiografía protestante alemana ha tratado de imponer al mundo culto: **Reforma protestante y Contrareforma católica**. Los historiadores católicos y todo historiador desapasionado no puede hablar sino de **Revolución protestante y Restauración católica del siglo XVI**. La **Restauración católica del siglo XVI** nació de la íntima y fecunda vitalidad de la mis-

ma Iglesia; y Lutero, Enrique VIII y sus colaboradores no reformaron ni su propia vida, y menos la de sus conciudadanos. Pero es también indudable que la revuelta luterana despertó la iniciativa y la actividad de los católicos. Esto es particularmente claro en la historia de la pedagogía catequística.

Los catecismos de Lutero provocaron una amplia literatura de catecismos católicos en los países germánicos.

En 1533 publicaba Erasmo su **Symbolum seu Catechismus**, en Brigburgo de Brigovia. Constaba de cinco catequesis dialogadas sobre el Credo, y una sobre el Decálogo y el Pater Noster.

De 1535-1560, Jorge Witzel publica cinco textos catequísticos, entre ellos uno más amplio para los sacerdotes. Merece particular mención su **Catechismus, Instructio puerorum Ecclesiae**, que comienza con narraciones bíblicas y explica el Pater, Credo y Mandamientos. Es el precursor más claro del método histórico.

En 1537 aparece el **Catechismus** del dominico Juan Dietsch, que alcanzó, hasta tiempos recientes, numerosas reediciones.

En 1546 se edita el **Capita institutionis ad pietatem** de Juan Gropper, y un año más tarde su catecismo más amplio **Instituta Catholica**.

En 1549, otro catecismo alemán, compuesto por Juan de Mattiz, Obispo de Meissen.

En 1549 edita en Augsburg su **Kurzer Begriff Catholischer Lehr** el insigne teólogo español, Pedro Soto O. P. Es un compendio de su gran catecismo: **Brevis Institutio ad christianam pietatem**, 1549.

Así van sucediéndose los catecismos, con frecuencia dobles de Sidonio Miguel Helting (1549-50); Juan Wigand (1550); Juan Fabri O. P. (1558); Matías Cremers (1542); Federico Nausea de Weisenfeld (1543); Francisco Tihlmann (1546); Estanislao Hosius (1553); Santiago Schopper (1555); Julio Pflug (1562); Conrado Clinge (1562)... hasta que la poderosa personalidad y el inmenso esfuerzo apostólico de San Pedro Canisio cristalice en su triple catecismo, que se impone sin esfuerzo como insuperable y definitivo en todo el frente de combate antiluterano.

La Compañía de Jesús.

Cuando San Ignacio reunía sus primeros compañeros en París, no pensaba en un apostolado antiluterano. Pensaba en su propia reforma y santificación, y en la reforma y santificación espiritual de sus compañeros, soñando en partir con ellos a Jerusalén y consagrarse a la conversión de los infieles. Pero tanto él, como sus compañeros, hacían sus primeros ensayos apostólicos instruyendo en la doctrina cristiana a los niños e ignorantes.

Fué voluntad providente de Dios impedir su viaje a Jerusalén y detener aquel escuadrón de hombres excepcionales a la vera del Papa en Roma, quien había de lanzarlos bien pronto a un triple campo de combate: la restauración de la vida católica, la conversión del mundo infiel y la ofensiva contra el protestantismo.

La Compañía de Jesús fué, desde su nacimiento, catequista. Basta recordar a San Ignacio y San Francisco de Borja en Roma; a Lainez y Salmerón en Trento; a Rodríguez y Javier en Portugal y la India. En las constituciones de la orden quedó estampada la obligación de voto que los Profesos contraían de dedicarse a **catequizar a los niños en los rudimentos de la fe.**

El esplendor catequístico del siglo XVI se debe en buena parte a la Compañía de Jesús. Los primeros ensayos de la literatura catequística se hicieron en vida y en torno al Santo Fundador. **Lainez** en Parma (1540) y **Jerónimo Doménech** en Sicilia (1547) escriben pequeños catecismos. Y casi contemporáneamente lo hacen **Marcos Jorge**, en Portugal, **Diego de Ledesma** en España, **El B. Ignacio de Azebedo**, en el Brasil, y **Polanco, Gagliardi y Eliano**, en Italia.

Merecen, sin embargo, mención más especificada los cinco catecismos más populares de toda Europa: el **Canisio**, el **Belarmino**, el **Auger**, el **Astete** y el **Ripalda**, que han perpetuado la memoria de cinco grandes catequistas de la Compañía de Jesús en Alemania, Italia, Francia, España e Hispanoamérica.

El Doctor de la Iglesia, **San Pedro Canisio**, es la flor de la Restauración Católica, pues se benefició de las más diversas corrientes, que forman el íntimo sustrato de ella: la **devoción moderna**, el **humanismo**

evangelista de Erasmo, el **renacimiento católico español** y la **espiritualidad** de **San Ignacio de Loyola**. Tres obras catequísticas escribió San Pedro Canisio. En 1555 la **summa de la Doctrina Cristiana**, especie de compendio teológico destinado a las universidades y centros de segunda enseñanza: el **Pequeño Catecismo**, 1556, y el **Catecismo mínimo**, 1558. El éxito de estos textos fué asombroso. El **Canisio**, lo ha utilizado Alemania durante cuatro siglos, lo emplearon San Carlos Borromeo y San Francisco de Sales; antes de un siglo se había traducido al alemán, eslavo, italiano, francés, español, polaco, griego, bohemio, inglés, indio, etiope y japonés; en siglo y medio superó las cuatrocientas ediciones. Se ha dicho que fué su arma más poderosa contra el protestantismo. Utiliza el estilo de preguntas y respuestas y anota al margen multitud de textos de la Escritura.

San Roberto Belarmino escribió su **Doctrina Cristiana breve** por orden del Papa Clemente VIII. Se imprimió junto con una **Dichiarazione piu copiosa** el año de 1598, con aprobación de la Congregación de la Reforma. El Papa concedió el monopolio de su edición a la Cofradía de la Doctrina Cristiana de Roma, lo impuso a los Estados Pontificios y deseó, como más tarde Benedicto XIV, que se adoptara en todo el orbe católica. Cuando en el Concilio Vaticano se proyectó un Catecismo Universal, se tuvo presente el Belarmino.

El P. **Edmundo Auger** fué en Francia, frente a Calvino, lo que Canisio en Alemania contra Lutero. En 1563 imprimió en Lyon su **Catecismo y suma de la doctrina cristiana**, del que sólo en París se difundieron en 8 años 38.000 ejemplares. Recuérdese que todavía no se conocían los recursos y resortes de la propaganda moderna, y la imprenta apenas superaba su infancia.

Los PP. **Gaspar Astete** (1537-1601) y **Jerónimo Ripalda** (1535-1618) escribieron las dos **Castillas**, que han monopolizado durante tres siglos, la una, el Norte, y la otra, el Sur de España, con expansiones a la América hispana. Don Juan M. Sánchez ha catalogado 471 ediciones del Ripalda, y Don Daniel Llorente nos asegura que son muchas más las que se han hecho del Astete. Ambos a dos fueron eminentes teólogos y sus cartillas son modelo insuperables de concisión y precisión.

San Carlos Borromeo, el Catecismo Romano y la Cofradía de la Doctrina Cristiana.

Pocos santos concentran méritos catequísticos más variados y excepcionales que San Carlos Borromeo.

Como Presidente de las últimas sesiones del Concilio de Trento fué el más eficaz promotor de la composición del **Catecismo Romano**. El proyecto quedó aprobado en la sesión XXIV y se urgió en la sesión XXV.

Intervinieron en su composición Mucio Calino, Arzobispo de Zara y los tres dominicos: Leonardo Marini, Gil Foscarei y Francisco Foreiro. Más secundariamente, Silvio Antoniano, Pío Gelasiano y Julio Poggiani.

El Catecismo estaba terminado al morir Pío IV, pero fué su inmediato sucesor, San Pío V, también dominico, quien lo hizo revisar por el Cardenal Sirleto e imprimir en italiano y latín el año de 1566, con el título **Catechismus ad parochos**, aunque sea hoy más conocido con el nombre de **Catecismo de San Pío V**.

El **Catecismo romano** no es un texto destinado a los niños; se parece mucho más a Summas —que hemos enumerado— y que se destinaban a prestar material de exposición a los sacerdotes y catequistas. Ha sido —por su carácter oficial y por su mérito intrínseco— repetidamente reeditado, traducido y comentado.

San Carlos Borromeo dió también impulso definitivo a otra institución del mayor interés: la **Cofradía de la Doctrina Cristiana**.

Nos sería gratísimo redactar la historia pintoresca de los orígenes de esta venerada Cofradía, que, juntamente con la del Santísimo Sacramento, recomienda y aun impone expresamente el Derecho Canónico.

Un cardador de lana, establecido en la Puerta Nueva de Milán fué su inspirador inicial. Francisco Villanova, así se llamaba el buen comerciante, paseaba descansadamente por las calles de la ciudad un día de San Andrés del año 1536, cuando topó con grupos de muchachos que vagaban por callejas y plazas. Tuvo la habilidad de atraer su atención y les expidió con éxito una lección de doctrina cristiana. Repitió

en otras fiestas su hazaña y de tal manera se entusiasmó con su obra, que creyó la hora de ponerla en manos del santo y celoso sacerdote Castellino de Castello. Ambos trabajaron juntos por algún tiempo hasta que se vieron precisados a pedir ayuda a una comunidad de sacerdotes, llamados **de la Santa Corona**, establecidos en la Iglesia del Santo Sepulcro. El abnegado apóstol Castellino de Castello hubo de sufrir hartas contradicciones, que no podemos historiar aquí; pero a pesar de todo antes de que San Carlos Borromeo llegara a Milán, ya la Cofradía de la Doctrina Cristiana había sido aprobada por su predecesor el Cardenal de Este y el Gobernador Duque de Albuquerque.

Apenas llegado a Milán el Cardenal Borromeo la tomó bajo su decidida protección. Hay testimonio de ello en sus primeros Sinodos diocesanos. La recomendó e hizo imitar por sus párrocos y la fué encomendando gradualmente primero a los Padres de la Compañía de Jesús y un grupo de seglares noles; y más tarde a una asociación de sacerdotes selectos que fué formando en torno suyo y que terminaron por organizarse en una congregación con el nombre de Oblatos de San Ambrosio. Para el sector femenino utilizó el celo de una Congregación de Damas, fundada en Brescia por Angela de Merici por el año de 1537, las cuales prosperan de modo extraordinario bajo la dirección del Santo Cardenal, extendiendo su influjo por toda la diócesis con el nombre de **Ursulinas**. Vivían en el mundo, sin habito religioso y guardaban virginidad, pero sin obligarse a ello con voto. Las Ursulinas se convirtieron en Congregación religiosa a principios del siglo XVII, al establecerse en Francia, y se dedicaron al apostolado de la enseñanza.

La Cofradía de la Doctrina Cristiana, que entre sus primeros frutos comienza por colaborar a la conzolidación de dos institutos religiosos, pasó de Milán a Roma por medio del noble caballero milanés Marcos de Sadis-Cusani. Pronto mereció la aprobación entusiasta del Santo Papa Pío V. Paulo V elevó la de Roma a la dignidad de Archicofradía.

Este rápido cuadro de la actividad catequística del siglo XVI necesitaría multitud de retoques para cumplir con la más fundamental justicia histórica.

Junto a los jesuitas habría que enumerar a multitud de varones meritísimos, pertenecientes a las antiguas y a las nuevas órdenes religiosas. En las rápidas enumeraciones que preceden resalta, por ejemplo, el valor y número de notables catequistas dominicos.

Pero sería imperdonable no mencionar siquiera expresamente a **San Jerónimo Emiliano (1481-1537)**, el padre de los huérfanos y fundador de la Orden de Clerigos Regulares de los Somascos; a **San Felipe Neri (1513-1595)**, el dulcísimo amigo de los niños romanos, a quienes reunía a la sombra de un corpulento roble del Janículo; y a **San José de Calasanz (1556-1648)**, aunque lo más eficaz de su apostolado de la enseñanza pertenezca al siglo XVII.

Una historia más minuciosa de la labor catequística de la Compañía de Jesús nos obligaría también a la descripción de sus famosas **Doctrinas** populares y al estudio de lo que legisla sobre la enseñanza religiosa su celebrado código pedagógico, la **Ratio Studiorum**.

Para el lector hispanoamericano resulta de particular interés la noticia de que el año 1584 se imprimía en Lima el primer catecismo de toda la América: **Doctrina Christiana y Catecismo para instrucción de los indios y de las demás personas que han de ser enseñadas en nuestra Fe. Con un Confesionario y otras cosas necesarias para los que doctrinan... Compuesto por autoridad del Concilio Provincial que se celebró en la Ciudad de los Reyes el año 1583**".

—Presidió aquel memorable Concilio Provincial el Borromeo americano, **Sto. Toribio de Mogrovejo**, de la Orden de Predicadores y el catecismo lo redactó, al parecer, el sabio jesuita **P. José de Acosta**.

Cerramos aquí forzosamente esta, ya larga, exposición, haciendo resaltar las dos características fundamentales de la era catequística que acabamos de describir: la fecundidad y mérito teológico de sus textos catequísticos, redactados por teólogos de primera talla; y el espíritu conservador y tradicional de los métodos pedagógicos empleados en su enseñanza.



M. Aguirre Elorriaga, S. J.